

VII

Al día siguiente, al volver de la maniobra, Pablo de Lavardens esperaba á Juan en el patio del cuartel. Apenas le dejó el tiempo necesario para bajarse del caballo... y le llamó aparte:

—Cuéntame, le dijo, en seguida, tu comida de ayer, cuéntamela. Yo las he visto esta mañana muy temprano. La más pequeña guiaba los cuatro poneys negros, y ¡con un aire de calavera!... Las he saludado... ¿Las has hablado de mí?... ¿Me han reconocido?... ¿Cuando me llevas á Longueval? ¿Me respondes? Respóndeme pronto.

—¡Responderte yo... responderte! ¿A qué pregunta, en resumidas cuentas, quieres que te conteste?

—A la última que te he hecho.

—¿Cuándo te llevaré á Longueval?

—Sí.

—Pues bueno, dentro de diez días. No quieren ver á nadie por ahora.

—Entonces tú no volverás á Longueval sino dentro de diez días.

—¡ Oh! sí, yo vuelvo hoy á las cuatro. Pero yo no soy nadie. ¡ Juan Reynaud, el ahijado del cura! Por eso he penetrado tan fácilmente en la confianza de estas dos encantadoras mujeres; me he presentado con la protección y con la garantía de la Iglesia... Y después han descubierto que podía hacerlas algunos pequeños servicios; conozco mucho el país, y me utilizarán como guía. En fin, no soy nadie, mientras que tú, conde Pablo de Lavardens, tú eres alguien. Así, no temas nada, tu turno te tocará en las fiestas y en los bailes, cuando sea preciso lucirse, cuando haya que bailar. Tú brillarás entonces con todo tu esplendor, y yo me retiraré humildemente á mi oscuridad.

—Búrlate de mí lo que quieras... La verdad es que durante estos diez días vas á tomar la delantera... sí, la delantera.

—¿Cómo la delantera?

—Vamos, Juan, ¿quieres hacerme creer que no estás ya enamorado de una de estas dos mujeres? ¿Es posible evitar eso? ¡Tanta hermosura... tanto lujo! ¡Ay! El lujo puede hacer á veces más que la belleza. ¡El lujo hasta ese punto me trastorna y me enloquece! He soñado esta noche con las cuatro jacas negras de las escarapelas de rosas blancas... y con esta muchacha... Bettina... ¿no es ese su nombre?

—Sí, Bettina.

—¡ Bettina... condesa de Lavardens! Suena muy bien. ¡Y qué marido tan perfecto haría yo! Ser el esposo de una mujer locamente rica será mi

destino. ¡No es tan fácil poderlo ser así! Es preciso saber ser rico, y yo estoy seguro que tendría ese talento. He hecho mis estudios; me he comido bastante dinero... ¡y si mi madre no me hubiera sujetado!... Pero estoy dispuesto á volver á empezar... ¡Ay! ¡qué dichosa sería conmigo! La haría pasar una existencia de princesa de magia... En su lujo vería retratado el arte y la ciencia de su marido... Pasaría mi vida engalanándola, adornándola, acariciándola y paseándola por todo el mundo. Estudiaría á fondo su belleza para colocarla en la posición que mejor la conviniera, para que ella misma dijera: «Si no estuviera él siempre á mi lado, no sería yo tan bonita...» No sabría solamente amarla, sino también divertirla... ¡Tendría con su dinero todo el amor y el placer que quisiera! Vamos, Juan, ten un buen impulso; llévame hoy á casa de Mad. Scott.

—Te aseguro que no puedo.

—Pues bien; aguardaré diez días solamente, pero entonces te prevengo que me instalo en Longueval y no me muevo de allí. Por supuesto que daré mucho gusto á mamá. Está un poco quejosa contra las americanas, y dice que se arreglará de modo de no verlas; pero yo la conozco bien á mi madre. El día en que yo le diga una noche al entrar en casa: «Mamá, he ganado el corazón de una encantadora personita que vive afligida con un capital de veinte millones y una renta de dos ó tres...» Se exagera mucho cuando se habla de cientos de millones; las verdaderas cifras son és-

tas, me bastan... Esa noche mi madre se pondrá loca de contenta... porque en el fondo, ¿qué desea ella para mí? Lo que todas las buenas madres desean para sus hijos, sobre todo cuando han hecho tonterías... Una boda rica ó una relación secreta en sociedad. Encuentro en Longueval las dos combinaciones, y me acomodaría con mucho gusto á una y á otra. Tú tendrás la bondad solamente en este intervalo de los diez días, de darme parte de lo que ocurra... Me haces saber cuál de las dos me cedas, Mad. Scott ó miss Percival...

—Eres loco. No pienso, ni pensaré en semejante cosa.

—Escúchame, Juan, eres el juicio y la razón personificadas; estamos de acuerdo; pero tú dirás y harás lo que quieras... Oye, y acuérdate bien de lo que te voy á decir: Juan, tú te enamorarás en esa casa.

—No lo creo, dijo Juan riéndose.

—Pues yo estoy seguro de ello... Hasta la vista... Te dejo engolfado en tus asuntos.

Juan aquella mañana era tan sincero como el que más. Había dormido muy bien la noche anterior. Su segunda entrevista con las dos hermanas le había disipado, como por encanto, la ligera turbación que había agitado su espíritu después de la primera entrevista. Se preparaba á verlas con mucho gusto, pero muy tranquilamente. Había demasiado dinero en esa casa para que el amor de un pobre diablo pudiera encontrar colocación honrada.

La amistad era otra cosa. Con todo su corazón y con todas sus fuerzas iba á procurar establecer bien pacíficamente una estimación y una afección con estas dos mujeres. Procuraría no ocuparse de la hermosura de Suzie y Bettina; trataría de no olvidarse, como la víspera, de contemplar los cuatro piecitos colocados en los dos taburetes del jardín. Le habían dicho con franqueza y cordialidad: «Usted será nuestro amigo.» Esto era todo lo que deseaba, ser su amigo, y lo sería.

Todos los sucesos, durante los diez días que pasaron, fueron contrarios á favorecer esta empresa. Suzie, Bettina, el cura y Juan vivieron haciendo la misma vida, en la más estrecha y más íntima confianza. Las dos hermanas daban por la mañana largos paseos en coche con el cura, y por la tarde con Juan hacían largas expediciones á caballo.

Juan no procuraba analizar lo que sentía; sólo se preguntaba si se inclinaría á la derecha ó la izquierda. Sentía por las dos hermanas igual veneración y amistad. Se encontraba completamente dichoso y tranquilo, por lo cual deducía que no estaba enamorado, porque el amor y la tranquilidad rara vez hacen buenas migas en un mismo corazón.

Juan, sin embargo, veía aproximarse, con un poco de inquietud y de tristeza, el día que iban á venir á Longueval los Turnes, los Norton y toda la colonia americana. Este día llegó pronto.

El viernes 24 de Junio, á las cuatro, Juan llegó

al castillo. Bettina le recibió un poco triste, pensativa.

—¡Vaya un contratiempo! le dijo ella, mi hermana está delicada, un poco de jaqueca, no es nada. Mañana no podrá salir, y yo no me atrevo á que me vean sola con usted. Allá en América, si me atrevería, pero aquí, no ¿es verdad?

—Ciertamente que no.

—Me veo obligada á despedirle á usted, y verdaderamente me da muchísima pena.

—A mí me da también pena deirme y de perder el último día que pensaba pasar en su compañía; sin embargo, es necesario! Yo vendré mañana á saber cómo está su hermana de usted.

—Se las dará á usted ella misma. Le repito que no es nada. Pero no se vaya usted tan pronto, yo se lo ruego. ¿Quiere usted concederme un cuarto de hora de conversación? Tengo que hablarle, siéntese usted ahí... y ahora escúcheme bien. Suzie y yo, teníamos la intención de cogerle esta noche, después de comer, en un rinconcito del salón, y mi hermana, tomando la palabra, le hubiera á usted dicho lo que yo voy á intentar decirle ahora en nombre de las dos. Pero me encuentro algo emocionada sin poderlo remediar... No se ría usted que es de veras (de verdad), quisiéramos nosotras demostrarle el sincero agradecimiento que tenemos á usted las dos, por haber sido con nosotras, desde nuestra llegada, tan amable, tan bueno, tan servicial y tan...

—¡ Oh! Señorita, por Dios, soy yo quien...

—¡ Vamos! no me interrumpa usted... porque me equivoco... y no sabría salir del paso... Me sostengo, de todos modos, en que somos nosotras, las que debemos estar muy agradecidas, y usted no. Llegamos aquí, como dos extranjeras, y tuvimos la alegría de encontrar en esta tierra, en seguida, amigos, sí, verdaderos amigos. Usted nos dió la mano... nos llevó á ver á los colonos, á ver á nuestros guardas, mientras que su padrino de usted nos llevaba á ver á los pobres... y por todas partes les querían á ustedes tanto que, en seguida, nos mostraron gran confianza con su recomendación, y hasta deseos de tomarnos algún cariño... usted sabe que le adoran en este país ¿no es verdad?

—He nacido aquí... Todos estos honrados vecinos me conocen desde la niñez y están agradecidísimos á mi abuelo y á mi padre, por lo que hicieron por todos ellos. Y además... soy de su raza, de la raza de labradores. Mi bisabuelo era cultivador, de Bargecourt, un puéblo que está á dos leguas de aquí.

—¡ Ay! ¡ ay! que orgulloso dice usted eso.

—Ni orgulloso, ni humilde.

—Perdone usted ¡ ha demostrado un pequeño indicio de orgullo! ¡ Pues bien! Yo le responderé á usted que el bisabuelo de mi madre era colono en Bretaña, se fué al Canadá al fin del siglo último, cuando todavía era de Francia... ¿Y usted quiere mucho á este país, en el que ha nacido?

—Mucho. Y por cierto que me veré precisado bien pronto á abandonarlo.

—¿ Por qué?

—Porque al obtener ascenso me destinarán á otro regimiento, y me iré paseando de guarnición en guarnición... Pero seguramente cuando sea un viejo comandante ó un coronel retirado, vendré á vivir y morir aquí, en la casita de mi padre.

—¿ Siempre solo?

—¿ Por qué solo siempre?... Espero que no...

—¿ Tiene usted idea de casarse?

—Sí, ya lo creo.

—¿ Y usted busca con quién casarse?

—No... puede uno pensar en casarse; pero no debe uno buscar con quién casarse.

—Sin embargo, hay personas que buscan... ya lo creo, yo 'e respondo á usted de esto, y sin ir más lejos, usted ha querido casarse.

—¿ Quién le ha contado á usted eso?

—El señor cura.

—Mi padrino ha hecho mal, dijo Juan con cierta viveza.

—No, no, él no ha hecho mal. Si alguno es culpable soy yo, culpable por caridad, no por curiosidad. Lo juro á usted. He descubierto que su padrino no era nunca más feliz que cuando le hablaban de usted, y por eso yo, cuando por la mañana estaba sola con él, durante nuestros paseos, para darle gusto le hablaba de usted, y me contaba su historia. Usted vive muy bien, muy bien... Recibe usted del gobierno doscientos trece

francos todos los meses... y algunos céntimos.
¿Es verdad esto?

—Sí, dijo Juan, decidido á poner buena cara á las indiscreciones del cura.

—Usted tiene, además, ocho mil francos de renta.

—Poco más ó menos, no completos.

—Añada usted á eso su casa, que vale una treintena de mil francos. En fin, está usted en una situación excelente, y ya han pedido su mano.

—¡Mi mano! ¡No, no!

—¡Sí tal, sí tal! dos veces... y usted ha rehusado dos magníficos casamientos, dos buenos dotes, si usted quiere mejor. ¡Es lo mismo para tantas personas! Doscientos mil francos por una parte y trescientos mil por otra. Parece enorme para este país, y usted lo ha rehusado. ¿Me quiere usted decir por qué? ¡Si supiera usted qué curiosa soy!

—Pues bien, se trataba de dos niñas encantadoras...

—Comprendido; se dice siempre eso.

—Pero que apenas las conocía. Me obligaron—porque me resistía—á pasar con ellas dos ó tres noches el invierno último.

—¿Y entonces?

—Entonces, no sé cómo explicarle á usted que no experimenté siquiera el menos sentimiento de preocupación, ni emoción, ni inquietud, ni turbación...

—En fin, dijo resueltamente Bettina, ni la más ligera sospecha de amor, ¿eh?

—No, ni la más ligera... y me volví á meter juiciosamente otra vez en mi agujero de soltero, porque pienso que vale más no casarse que hacerlo sin amor. Esta es mi opinión.

—Y también la mía.

Ella le miraba y él también á ella. Bruscamente, con gran sorpresa mútua, no encontraron nada que decirse y nada hablaron después.

Por suerte, en este momento Harry y Bella, con grandes gritos, se precipitaron en el salón.

—Señor Juan, señor Juan, ¿está usted ahí? Venga usted á ver mis jaquitas.

—¡Ah! dijo Bettina con voz un poco temblorosa, Edwards ha llegado en este mismo momento de París trayendo á los niños sus microscópicos caballos. Vamos á verlos, ¿quiere usted?

Fueron á verlos y eran dignos, en efecto, de figurar en las cuabras del rey de Lilliput.

